

dejado su cuerpo en comida á los fieles <sup>1</sup>. Y mucho tiempo antes habia dicho san Pablo: «Todas las veces que comiéreis este pan, «anunciaréis la muerte del Señor <sup>2</sup>.» Con tantos prodigios de amor habeis obtenido ya de tantas almas santas que, consumidas en las llamas de vuestra caridad, renunciarian á todos los bienes de la tierra para consagrarse enteramente á amaros á Vos solo, ¡oh Señor, el mas amable de los señores! ¡Ah! haced, pues, ó Jesús mio, que me acuerde siempre de vuestra pasion; y que yo miserable pecador, vencido, en fin, por tantas finezas de amor, llegue á amaros y daros con mi pobre amor algunas señales de gratitud por el amor excesivo que me habeis manifestado, Vos, Dios mio y Salvador mio. Acor daos, Jesús mio, que yo soy una de aquellas tiernas ovejas vuestras, por cuya salud habeis venido á la tierra para sacrificar vuestra vida divina. Yo sé que despues de haberme redimido con vuestra muerte no habeis cesa-

<sup>1</sup> Ut autem tanti beneficii jugis in nobis maneret memoria, corpus suum in cibum fidelibus dereliquit. (*Div. Thom. Opusc. 57*).

<sup>2</sup> Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, mortem Domini annuntiabit. (*1 Cor. xi, 26*).

do de amarme, y que al presente me teneis el mismo amor que por vuestra bondad me tuvisteis al morir por mí. No permitais que yo viva mas tiempo siéndoos ingrato, mi Dios, que tanto mereceis el ser amado, y tanto habeis hecho para ser amado de mí.

Y Vos, santísima Virgen María, que tan grande parte tuvisteis en la pasion de vuestro Hijo, ¡ah! por los méritos de vuestros dolores obtenedme la gracia de experimentar alguna parte de aquella compasion que tanto afligió á vuestra alma en la muerte de Jesús, y pedid para mí una centella de aquel amor que hizo todo el martirio de vuestro corazon condolido.

«Os suplico, Señor mio Jesucristo, que la «fuerza de vuestro amor, mas ardiente que «el fuego, mas dulce que la miel, absorba «mi alma, á fin de que yo muera por el amor «de vuestro amor, ya que os habeis dignado «morir por el amor de mi amor <sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> Absorbeat, quæso, Domine Jesu Christe, mentem meam ignita et melliflua vis amoris tui, ut amore amoris tui moriar, qui amore amoris mei dignatus es mori. (*Orat. S. Francisc. Ass.*).

## CAPÍTULO PRELIMINAR.

*De cuán útil sea la meditacion sobre la pasion de Jesucristo.*

1. El amante de las almas, nuestro amabilísimo Redentor, ha declarado que su fin principal al venir al mundo y hacerse hombre era el de encender en todos los corazones el fuego de su santo amor<sup>1</sup>. Y ¡qué llamas de caridad tan bellas no ha encendido en tanto número de almas, con las penas de muerte que quiso sufrir, á fin de mostrarnos la inmensidad de su amor á los hombres! ¡Oh! ¡cuántos corazones dichosos se han penetrado del fuego del amor de Jesús en sus llagas como en unas hogueras ardientes, de tal suerte que no han rehusado consagrarle totalmente los bienes, la vida, y aun á sí mismos; venciendo con un valor generoso todas las dificultades que encontraban en la observancia de la divina ley por amor de aquel Señor que, siendo Dios, quiso sufrir tanto por su amor!

<sup>1</sup> Ignem veni mittere in terram: et quid volo nisi ut accendatur? (*Luc. xii, 49*).

Este fue puntualmente el consejo que nos ha dado el Apóstol, no solo para no desfallecer, sino para correr con mas ligereza en los caminos del cielo<sup>1</sup>.

2. Por eso san Agustin, en los transportes de su amor, puesto en presencia de Jesús cubierto de llagas y enclavado en la cruz, hacia esta tierna oracion: «Grabad, Señor y «amabilísimo Salvador mio, grabad en mi «corazon todas vuestras llagas, á fin de que «yo lea siempre en ellas vuestro dolor y vuestro amor; el dolor para sufrir por Vos todo «dolor, y el amor para menospreciar por Vos «todo amor<sup>2</sup>.» Sí, porque teniendo delante de la vista la grandeza del dolor que por mí habeis sufrido, sufriré yo con paciencia todas las penalidades que me sucedieren; y mirando al amor que me habeis mostrado en la cruz, no amaré ya ni podré amar otra cosa que á Vos.

<sup>1</sup> Recogitate eum qui talem sustinuit adversus semetipsum à peccatoribus contradictionem, ut ne fatigemini animis vestris deficientes. (*Hebr. xii, 3*).

<sup>2</sup> Scribe, Domine, vulnera tua in corde meo, ut in eis legam dolorem et amorem: dolorem, ad sustinendum pro te omnem dolorem: amorem, ad contemnendum pro te omnem amorem.

3. ¿Y de dónde han sacado los Santos el valor y constancia necesarios para sufrir las torturas, el martirio, la muerte, sino de las llagas de Jesús crucificado? El capuchino san José de Leonisa viendo que se le quería atar con cordeles para sufrir una operacion dolorosa que el cirujano debia hacerle, tomó en las manos su Crucifijo y exclamó: «¡Qué «cordeles! ¡ah! ved aquí mis cordeles: mi «Señor atravesado con clavos por mi amor; «este es el que con sus dolores me ata y obliga á sufrir toda suerte de penas por su «amor.» Y de este modo sufrió la operacion sin quejarse, viendo á Jesús que, como un tierno cordero bajo la mano de quien le esquila, «enmudecia y no abria su boca<sup>1</sup>.» ¿Quién jamás podrá decir que sufre injustamente mirando á Jesús despedazado todo por nuestros delitos<sup>2</sup>? ¿Quién podrá jamás excusarse de obedecer á pretexto de alguna incomodidad, «habiéndose hecho Jesús obediente hasta la muerte<sup>3</sup>?» ¿Quién jamás podrá

<sup>1</sup> Quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum. (Isai. LIII, 7).

<sup>2</sup> Attritus est propter scelera nostra. (Isai. LIII, 5).

<sup>3</sup> Factus obediens usque ad mortem. (Phil. II, 7).

rehusar las ignominias viendo á Jesús tratado como un insensato, como un rey de burla, como un malhechor, abofeteado, azotado, cubierto de salivas y clavado en un infame madero?

4. ¿Quién podrá en adelante amar otro objeto que á Jesús, viéndole que para cautivar nuestro amor muere entre tantos dolores y menosprecios? Un piadoso solitario pedia á Dios que le enseñara qué era lo que podía hacer para llegar á amarle perfectamente. El Señor le reveló que para llegar á un perfecto amor de Dios, no habia ejercicio mas útil que el de meditar con frecuencia en su pasion. Santa Teresa se lamentaba amargamente de ciertos libros que le habian aconsejado que dejase de meditar la pasion, como si esta fuera un obstáculo para la contemplacion de la Divinidad, sobre lo cual exclama la Santa: «¡Oh Señor de mi alma y bien mio Jesucristo crucificado! no me acuerdo vez de esta «opinion que tuve, que no me dé pena; y «me parece que hice una gran traicion, aunque con ignorancia... ¿Es posible, Señor «mío, que cupo en mi pensamiento ni una «hora, que Vos me habíades de impedir pa-

«ra mayor bien? ¿De dónde vinieron á mí «todos los bienes, sino de Vos?» En seguida añade : «Veo yo claro y he visto despues, «que para contentar á Dios y que nos haga «grandes mercedes, quiere sea por manos «de esta humanidad sacratísima, en quien dijo «su Majestad se deleita.» (*Vida, cap. xxii, n.º 3*).

5. En conformidad de esto, el bienaventurado Baltasar Álvarez decia, que la ignorancia de los tesoros que tenemos en Jesucristo era causa de la ruina de los cristianos. Por tanto, el punto mas favorito y mas ordinario de sus meditaciones era la pasion de Jesús, en la que meditaba especialmente estos tres grandes padecimientos : su pobreza, sus humillaciones y sus dolores ; y exhortaba á sus penitentes á meditar frecuentemente la pasion del Salvador, diciéndoles, que no creyesen haber hecho progreso alguno, si no llegaban á tener grabado siempre en el corazon á Jesús crucificado.

6. El que quiere, dice san Buenaventura, adelantar siempre en virtud y gracia, debe meditar siempre en la pasion del Señor <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Si vis, homo, de virtute in virtutem, de gratia in

Y añade : «Que no hay un ejercicio mas útil «para santificar el alma, que la frecuente «meditacion de las penas de Jesucristo <sup>1</sup>.»

7. Además, san Agustin (*apud Bernard. de Bustis*) decia, que una sola lágrima vertida en memoria de la pasion de Jesús aprovecha mas que una peregrinacion á Jerusalem y que un año de ayunos á pan y agua. Así es que, con efecto, no ha sufrido tanto nuestro amable Salvador, sino para hacernos considerar sus muchos padecimientos, y porque es imposible pensar en ellos sin encenderse en el amor divino : «La caridad de Jesucristo nos estrecha,» dice san Pablo <sup>2</sup>. Jesucristo solo es amado de un pequeño número, porque tambien es pequeño el número de los que meditan las penas que por nosotros ha sufrido ; mas el que las medita con frecuencia no puede vivir sin amar á Jesús, porque «la caridad de Jesucristo nos estrecha.» Se sentirá tan obligado por su amor, que no

gratiam proficere, quotidie mediteris Domini passionem. (*S. Bonav.*).

<sup>1</sup> Nihil enim in anima ita operatur universalem sanctificationem, sicut meditatio passionis Christi. (*S. Bonav.*).

<sup>2</sup> Caritas enim Christi urget nos. (*II Cor. v, 14*).

le será posible negarse á amar á un Dios tan amante, y que tanto ha sufrido para ser amado.

8. Por eso decia el Apóstol, que «no queria saber otra cosa que á Jesús, y Jesús crucificado<sup>1</sup>,» es decir, el amor que nos ha manifestado en la cruz. Y á la verdad, ¿en qué otros libros podemos aprender mejor la ciencia de los Santos, que es la ciencia de amar á Dios, que en Jesús crucificado? Al gran siervo de Dios, el hermano Bernardo de Corleon, capuchino, no sabiendo leer, querian enseñarle sus hermanos los religiosos. Al punto vuela á tomar consejo del Crucifijo; mas Jesús le responde desde la cruz: «¡Qué! libros! ¡qué! leyendas! Solo yo soy «vuestro libro, en el que podeis leer siempre «el amor que os he tenido.» ¡Oh! este es el mas grande tema de meditacion durante toda la vida y por toda la eternidad! ¡un Dios muerto por nuestro amor! un Dios muerto por nuestro amor! ¡oh! tema grande á la verdad!

9. Pagando un dia santo Tomás de Aqui-

<sup>1</sup> Non iudicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. (1 Cor. 11, 2).

no la visita á san Buenaventura, le preguntó ¿de qué libro se habia valido para conseguir en sus obras tan bellos pensamientos? San Buenaventura le mostró la imagen de Jesús crucificado, todo gastado por los muchos besos que le habia dado, diciéndole: «Ved aquí el libro, del cual he sacado «todo cuanto yo he escrito; este es el que «me ha enseñado lo poco que he aprendido.» Todos los Santos sin excepcion han aprendido á amar á Dios estudiando el Crucifijo. El hermano Juan de Avernia; cada vez que ponía los ojos en Jesús cubierto de heridas, no podia contener las lágrimas. El hermano Jacobo de Tuderto, oyendo leer la pasion del Salvador, no solo lloraba á lágrima viva, sino que tambien prorumpia en profundos sollozos, oprimido por el amor en que se abra-saba hácia su tierno Maestro.

10. La dulce escuela del Crucifijo es la que hizo á san Francisco un serafin sobre la tierra. Cuando meditaba en las penas de Jesucristo lloraba tan continuamente, que casi llegó á perder la vista. Cierta dia se le encontró que daba gritos lastimosos, y preguntado lo que tenia: «¡Ah! respondió, ¿qué

«puedo tener yo? Lloro por los padecimientos y afrentas de mi Salvador; y mi dolor, «añadió, se aumenta viendo la ingratitud de «los hombres que no le aman, y viven sin «pensar en él.» Siempre que oía balar un cordero, se sentía conmovido hasta derramar lágrimas, por el pensamiento de la muerte de Jesús, cordero sin mancha, inmolado sobre la cruz por los pecados del mundo. Y abrasado todo de amor, no sabía este Santo recomendar nada á sus hermanos con tanto encarecimiento como la frecuente memoria de la pasión del Salvador.

11. Jesús crucificado: tal es el libro en el que nos leeremos frecuentemente á nosotros mismos. En él aprenderemos por una parte á temer el pecado, y de otra á abrasarnos de amor á un Dios tan amante; leyendo en sus llagas aprenderemos la malicia del pecado, que ha condenado á Dios á sufrir una muerte tan cruel para satisfacer á la Justicia divina, y también el amor que nos ha mostrado el Salvador queriendo sufrir tanto, para hacernos comprender lo que nos amaba.

12. Pidamos á la divina María que nos

alcance de su Hijo la gracia de entrar nosotros mismos en estos hornos de amor donde tantos corazones se abrasan dulcemente; á fin de que renunciando á todos nuestros deseos terrenos, podamos también abrasarnos en estas dichosas llamas que hacen á las almas santas en la tierra y bienaventuradas en el cielo. Así sea.

## CAPÍTULO I.

*Del amor que Jesucristo nos ha manifestado, queriendo satisfacer el mismo á la Justicia divina por nuestros pecados.*

1. La historia refiere un rasgo de amor tan prodigioso que será la admiracion de todos los siglos. Un rey, señor de muchos reinos, tenia un hijo único tan bello, tan santo y tan amable, que su padre hallaba en él todas sus delicias y le amaba como á sí mismo. Pero este jóven príncipe tenia á uno de sus esclavos un amor tan grande, que habiendo cometido este un delito, por el que fue condenado á muerte, el príncipe se ofreció á morir en su lugar; y el padre, celoso de los derechos de la justicia, consintió en condenar á muerte á su hijo muy amado, á fin de que el esclavo se librase del suplicio que habia merecido. La sentencia fue ejecutada: el hijo murió en un cadalso, y el esclavo quedó libre.

2. Pues este rasgo de amor que jamás ha tenido ni tendrá semejante en el mundo, está consignado en el Evangelio. En él se lee

que el Hijo de Dios, el Señor del universo, viendo al hombre condenado por su pecado á la muerte eterna, ha querido tomar la naturaleza humana y pagar, sufriendo la muerte, las penas debidas por el hombre<sup>1</sup>. Y el Padre eterno le ha condenado á morir en una cruz para salvarnos á nosotros miserables pecadores. «Él no ha perdonado á su propio «Hijo, sino que lo ha entregado por todos «nosotros<sup>2</sup>.» ¿Qué te parece, alma devota, de este amor del Hijo y del Padre?

3. Así, ¡mi amable Redentor, vuestra muerte ha sido el sacrificio que habeis querido ofrecer para alcanzarme el perdon! ¿Y qué os daré yo en reconocimiento? Vos me habeis obligado con demasiados títulos á amaros, y yo seria demasiado ingrato si no os amara con toda la efusion de mi corazon. Vos habeis dado por mí vuestra vida divina; yo, aunque miserable pecador, os doy la mia. Si, al menos todo lo que me resta de vida quiero emplearlo únicamente en amaros, en serviros y agradaros.

<sup>1</sup> Oblatus est quia ipse voluit. (*Isai.* LIII, 7).

<sup>2</sup> Proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum. (*Rom.* VIII, 32).

4. ¡Oh hombres! ¡oh hombres! amemos á este Redentor, que siendo Dios no se ha desdeñado de cargarse con nuestros pecados, á fin de librarnos por sus padecimientos del castigo que habíamos merecido <sup>1</sup>. San Agustín dice que en la creacion nos ha formado Dios por la virtud de su poder; pero que en la redencion nos ha salvado de la muerte por medio de sus dolores <sup>2</sup>. ¡Cuánto os debo, ó Jesús Salvador mio! Aunque yo diera mil veces toda mi sangre por Vos, aunque os sacrificara mil vidas, todo seria poco. ¡Oh! quien siempre pensara en el amor que nos habeis mostrado en vuestra pasion, ¿cómo pudiera amar otra cosa que á Vos? ¡Ah! por este mismo amor con que me habeis amado en la cruz, concededme la gracia de amaros con todo el corazon. Yo os amo, bondad infinita, yo os amo sobre todo otro bien, y no os pido mas que vuestro santo amor.

5. Mas ¿cómo se explica esto? prosigue el mismo san Agustín, ¿cómo vuestro amor,

<sup>1</sup> Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit. (*Isai. LIII, 4*).

<sup>2</sup> Condidit nos fortitudine sua, quaesivit nos infirmitate sua. (*S. Aug.*).

ó Salvador del mundo, ha podido llegar hasta el punto de que yo haya cometido la culpa y que Vos hayais pagado la pena <sup>1</sup>? ¿Y qué os importaba, añade san Bernardo, que nosotros nos perdiéramos, que fuéramos castigados como lo habíamos merecido? ¿por qué habeis querido cargar sobre vuestra inocente carne la pena de nuestros pecados? ¿Y para librarnos de la muerte, Señor, habeis querido morir <sup>2</sup>? ¡Oh milagro que ni ha tenido ni tendrá jamás ejemplo! ¡oh gracia que nosotros no pudimos nunca merecer! ¡oh amor que jamás podremos nosotros comprender!

6. Isaías habia predicho que nuestro Redentor seria condenado á muerte, y «conducido al matadero como un manso corde-ro <sup>3</sup>.» ¡Qué objeto de admiracion debió ser para los Ángeles el ver á su inocente Señor conducido como una víctima para ser sacrificado sobre el altar de la cruz por el amor

<sup>1</sup> Quo tuus attigit amor? Ego inique egi, tu poena mulctaris. (*S. Aug.*).

<sup>2</sup> O bone Jesu! quod tibi est mori? nos debuimus, et tu solvis! nos peccavimus, et tu luis! opus sine exemplo, gratia sine merito, caritas sine comprehensione! (*Quodl. 3*).

<sup>3</sup> Sicut ovis ad occisionem ducetur. (*Isai. LIII, 7*).

del hombre! y ¡qué terror debió imprimir al cielo y al infierno la vista de un Dios ajusticiado como un malhechor sobre un infame madero por los pecados de sus criaturas!

7. «Cristo nos ha redimido de la maldición de la Ley, haciéndose por nosotros objeto de maldición, porque escrito está: Maldito todo el que está suspendido en el madero, á fin de que la bendición de Abraham se extendiera á las naciones por el Cristo «Salvador<sup>1</sup>.» Sobre lo cual dice san Ambrosio: Él ha querido ser maldito sobre la cruz, para que nosotros fuéramos benditos en el reino de Dios<sup>2</sup>. Así ¡oh mi dulce Salvador! para alcanzarme la bendición divina, habeis consentido en someteros á la ignominia de parecer en la cruz á la vista del mundo como un objeto de maldición, y abandonado en los tormentos hasta de vuestro eterno Padre, nuevo tormento que os obligó á lanzar este grande grito: «¡Dios mio! Dios mio! ¿por

<sup>1</sup> Christus nos redemit de maledicto Legis, factus pro nobis maledictum (quia scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno), ut in gentibus benedictio Abrahæ fieret in Christo Jesu. (*Galat. III, 13, 14*).

<sup>2</sup> Ille maledictum in cruce factus, ut tu benedictus esses in regno. (*S. Ambr. ep. 47*).

«qué me habeis abandonado<sup>1</sup>?» Con efecto, segun el comentario de Simon Casio, Jesús fue abandonado en medio de los tormentos, para que nosotros no quedáramos abandonados en nuestros pecados<sup>2</sup>. ¡Oh prodigio de misericordia! ¡oh exceso del amor de un Dios para con los hombres! Y ¿cómo, ó Jesús mio, puede hallarse una sola alma que crea esto, y que no os ame?

8. Él «nos amó, y nos lavó de nuestros «pecados en su sangre<sup>3</sup>.» Ved aquí, pues, ó hombres ingratos, hasta dónde ha llegado el amor de Jesús para con nosotros, á fin de limpiarnos de las suciedades de nuestros pecados: él ha querido disponer para nosotros un baño de salud en su propia sangre. Él ha ofrecido una sangre que clama mejor aun que la de Abel: la de Abel pedia justicia, la de Jesús pide misericordia. Mas aquí exclama san Buenaventura: «¡Oh buen Jesús! ¿qué habeis hecho? ¿á dónde os ha llevado

<sup>1</sup> Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? (*Matth. XXVII*).

<sup>2</sup> Ideo Christus derelictus est in poenis, ne nos derelinquamur in culpis. (*Sim. de Cass.*).

<sup>3</sup> Dilexit nos: et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo. (*Apoc. 1, 5*).

«el amor? ¿qué habeis visto en mí que ha-  
«ya podido inspiraros tanto amor? ¿por qué  
«habeis querido sufrir tanto por mí? ¿quién  
«soy yo para que hayais querido comprar á  
«tan grande precio mi amor<sup>1</sup>?» ¡Ah! ya lo  
veo, todo ha sido efecto de vuestro infinito  
amor! Por siempre seais alabado y bende-  
cido.

9. «¡Oh vosotros todos los que pasais por  
«el camino, atended y mirad si hay dolor  
«como mi dolor<sup>2</sup>!» El seráfico Doctor con-  
siderando estas palabras de Jeremías, como  
dichas por el Salvador cuando estaba en la  
cruz muriendo por nuestro amor, exclama:  
«¡Ah Señor! antes bien yo consideraré y ve-  
«ré si hay un amor como vuestro amor<sup>3</sup>.»  
Como si dijera: ya veo y comprendo, ¡oh  
mi amabilísimo Maestro! cuánto habeis su-  
frido en este infame madero; pero lo que me  
estrecha mas á amaros, es el ver la ternu-  
ra que me habeis mostrado con tantos pa-

<sup>1</sup> O bone Jesu! quid fecisti? quid me tantum amasti?  
quare, Domine, quare? quid sum ego?

<sup>2</sup> O vos omnes qui transitis per viam, attendite et vi-  
dete si est dolor sicut dolor meus. (*Thren. I, 12*).

<sup>3</sup> Imo, Domine, attendam et videbo si est amor sicut  
amor tuus. (*Doct. Seraph.*).

decimientos sufridos para obtener mi amor.

10. Lo que mas abrasaba á san Pablo en  
el amor de Jesús era el pensamiento de que  
no solamente habia querido morir por todos  
los hombres en general, sino tambien por él  
en particular. «Él me ha amado, decía, y  
«se ha entregado á sí mismo por mí<sup>1</sup>.» Ca-  
da uno de nosotros puede decir otro tanto,  
porque asegura san Crisóstomo que Dios ama  
tanto á cada hombre en particular, como amó  
á todo el mundo<sup>2</sup>. Así que, no está menos  
obligado cada uno de nosotros á Jesucristo  
por haber padecido por todos, que si solo por  
él hubiera padecido. Pues bien, hermano  
mio, si Jesús muriera por tí solamente de-  
jando á todos los demás en su perdicion ori-  
ginal, ¿qué obligacion no le tuvieras? Con  
todo, debes saber que todavía le debes estar  
mas obligado por haber muerto por todos.  
Si solo hubiera muerto por tí, ¿qué pena se-  
ria la tuya al pensar que tus mas allegados,  
tu padre y tu madre, tus hermanos y ami-

<sup>1</sup> Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me. (*Galat.*  
*II, 20*).

<sup>2</sup> Adeo singulum quemque hominem pari caritatis  
modo diligit, quo diligit universum orbem. (*S. Chrys.*).



gos perecerian eternamente, y que despues de esta vida estarias para siempre separado de ellos? Si tú y toda tu familia hubiérais caido en esclavitud, y alguno llegara á rescatarte á tí solo, ¿cuánto le suplicarias que rescatase tambien contigo á tus padres y hermanos? ¿y cuánto se lo agradecerias si lo hiciera así por complacerte? Decid, pues, todos á Jesús: ¡Ah, mi dulce Salvador! Vos habeis hecho esto por mí sin habérselo yo rogado; y no solo me habeis rescatado á mí de la muerte á precio de vuestra sangre, sino tambien á mis parientes y amigos, de manera que yo puedo esperar que reunidos todos juntos nos gozaremos con Vos para siempre en el cielo. Señor, yo os lo agradezco, yo os amo, y espero agradeceréoslo y amaros eternamente en aquella bienaventurada patria.

11. ¿Quién, pues, pregunta san Lorenzo Justiniano, podrá explicar el amor que el Verbo divino tiene á cada uno de nosotros? porque este amor excede al de un hijo para con su madre, y al de una madre para con su hijo<sup>1</sup>. Es tan grande, que, como el Sal-

<sup>1</sup> Praecellit omnem maternum ac filialem affectum

vador reveló á santa Gertrudis, estaba dispuesto á morir tantas veces cuantas son las almas condenadas, si todavía fueran capaces de redencion<sup>1</sup>. ¡Oh Jesús! ¡oh bien mas amable que todo otro bien! ¿por qué os amantan poco los hombres? ¡Ah! hacedles conocer lo que Vos habeis padecido por cada uno de ellos, el amor que les profesais, el deseo que teneis de ser amado de ellos, los hermosos títulos que teneis á su amor. Daos á conocer, ¡oh Jesús mio! haceos amar.

12. «Yo soy el buen Pastor, dice Jesús; «el buen Pastor da su vida por sus ovejas<sup>2</sup>.» Pero, Señor, ¿dónde se hallarán en el mundo pastores semejantes á Vos? Los demás pastores dan la muerte á sus ovejas por conservar ellos su vida: mas Vos, Pastor amantísimo, habeis querido dar vuestra vida divina por la de vuestras amadas ovejas. ¡Oh dicha inefable! yo soy, sí, yo soy por mi suerte ¡oh amabilísimo Pastor! una de estas ovejas.

Verbi Dei intensa caritas, neque humano valet explicari eloquio, quo circa unumquemque moveatur amore. (S. Laur. Justin.).

<sup>1</sup> Toties morerer quot sunt animae in inferno.

<sup>2</sup> Ego sum pastor bonus; bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis. (Joan. X, 11).

¿Cuánta es, pues, mi obligacion de amaros, y de emplear toda mi vida en serviros, pues que Vos habeis muerto por amor mio en particular? ¿y qué confianza no debo yo tener en vuestra sangre preciosa, sabiendo que ha sido derramada para pagar mis deudas? «Y tú dirás en un día: Yo te alabaré, Señor: «hé aquí mi Dios, mi Salvador; obraré con «confianza y nada temeré<sup>1</sup>.» ¿Y cómo pudiera yo en adelante desconfiar de vuestra misericordia, ó Redentor mio, mirando vuestras llagas? Apresurémonos, pues, pecadores, y recurramos á Jesús, que sobre la cruz, como sobre un trono de misericordia, ha aplacado la Justicia divina irritada contra nosotros. Si habemos ofendido á Dios, él ha hecho penitencia por nosotros: basta que nos arrepintamos de ello.

13. ¡Ah! mi buen Salvador, ¡á qué no os han reducido la compasion y el amor que me teneis! ¡El esclavo peca, y Vos, Señor, pagais la pena! Si pienso en mis pecados, debo temer el castigo que merezco; mas pen-

<sup>1</sup> Et dices in illa die: Confitebor tibi, Domine, ecce Deus salvator meus, fiducialiter agam, et non timebo. (Isai. XII, 1, 2).

sando en vuestra muerte, tengo mas motivo para esperar que para temer. ¡Ah! sangre de Jesús, tú eres toda mi esperanza!

14. Mas esta sangre al darnos una total confianza, nos obliga tambien á ser enteramente de nuestro Salvador. «¿No sabeis, decía el Apóstol, que no sois vuestros, porque «comprados fuisteis por grande precio<sup>1</sup>?» No, yo no puedo ¡oh mi Jesús! sin injusticia disponer ya de mí ni de lo que me pertenece: yo he venido á ser propiedad vuestra, porque Vos me habeis comprado con vuestra muerte. Mi cuerpo, mi alma, mi vida no es ya mia, es toda vuestra, y solo para Vos. Solo en Vos quiero yo esperar, solo á Vos quiero yo amar, ¡oh Dios mio, crucificado y muerto por mí! Ninguna otra cosa tengo que ofreceros, sino esta alma rescatada con vuestra sangre: yo os la ofrezco: permitidme que os ame, porque yo nada quiero ya sino á Vos, mi Salvador, mi Dios, mi amor y mi todo. Hasta aquí he sido agradecido á los hombres, solo he sido ingrato para con Vos; al presente yo os amo, y nada me aflige mas que el ha-

<sup>1</sup> An nescitis quoniam... non estis vestri? empti enim estis pretio magno. (I Cor. VI, 20).

beros ofendido. ¡Oh mi Jesús! dadme confianza en vuestra pasión, y apartad de mi toda afección que no sea por Vos. Yo no quiero amar sino á Vos que mereceis todo mi amor, y que con tantos títulos me habeis obligado á amaros.

15. ¿Y quién podrá en adelante excusarse de amaros, viéndoos á Vos, Hijo predilecto del Padre eterno, terminar voluntariamente por nosotros vuestra vida con una muerte tan amarga y tan cruel? ¡Oh María! ¡oh Madre del amor hermoso! ¡ah! por los méritos de vuestro corazón abrasado todo de amor, alcanzadme la gracia de no vivir sino para amar á vuestro Hijo, que siendo por sí mismo digno de un amor infinito, ha querido comprar á tanto precio el amor de un miserable pecador como yo. ¡Oh amor de las almas! ¡oh Jesús mío! yo os amo, yo os amo, yo os amo; pero todavía os amo demasiado poco: concededme Vos mismo un amor mas grande y de unas llamas tan encendidas, que me hagan vivir abrasado siempre en vuestro amor: yo en verdad no lo merezco, mas Vos lo mereceis, bondad infinita. Amen. Así lo espero. Así sea.

## CAPÍTULO II.

*Jesús ha querido sufrir mucho por nosotros, para hacernos comprender la grandeza del amor que nos tiene.*

1. Dos cosas, dice Ciceron, hacen conocer al que ama: hacer bien al amado, y padecer tormentos por él: y esta última es la mayor señal de un verdadero amor<sup>1</sup>. Ya habia hecho Dios resplandecer su amor al hombre con tantos beneficios de que le habia colmado; mas creyó, dice san Pedro Crisólogo, que el ser solamente bienhechor del hombre era demasiado poco para su amor, si no hallaba todavía el medio de mostrarle cuanto le amaba, sufriendo tambien los mayores tormentos y muriendo por él, como lo ha hecho tomando la naturaleza humana<sup>2</sup>. ¿Y qué otro medio mas propio podia Dios escoger para manifestar el amor inmenso que nos tiene, que el de hacerse hombre y padecer por nos-

<sup>1</sup> Duo sunt quae amantem produnt: amato benefacere, et pro amato cruciatus ferre; et hoc est majus.

<sup>2</sup> Sed parum esse credidit, si affectum suum non etiam adversa sustinendo monstraret.